

I

*Viernes, 26 de agosto de 2005*

En las noches sin luna, los hombres y muchachos de Yabla, una polvorienta ciudad pesquera de la costa de Siria, cogían los faroles y zarpaban en sus barcas más silenciosas. Cinco o seis embarcaciones pequeñas con dos o tres pescadores cada una. Una milla adentro, disponían las barcas en círculo en el negro mar, largaban las redes y, sosteniendo los faroles por encima del agua, emulaban a la luna.

Al poco rato, los peces, sardinas, empezaban a congregarse y formaban una masa plateada que emergía despacio desde las profundidades. Los peces se sentían atraídos por el plancton y el plancton por la luz. Empezaban a girar como una cadena de eslabones sueltos y durante una hora seguían llegando cada vez en mayor número. Los huecos negros entre los eslabones plateados iban cerrándose hasta que los pescadores solo veían una masa sólida de plata girando bajo el agua.

Abdulrahman Zeitoun tenía solo trece años cuando empezó a pescar sardinas así, con el método conocido como *lampara* y adoptado de los italianos. Había esperado años para sumarse a los hombres y adolescentes de las barcas nocturnas, años que había dedicado a hacer preguntas. ¿Por qué solo en noches sin luna? Porque, le explicó su hermano Ahmad, las noches de luna llena se veía plancton por todas partes, extendiéndose por todo el mar, y las sardinas descubrían y devoraban sin problemas aquellos organismos relucientes. Pero las noches sin luna los hombres podían fabricarse una luna y atraer a las sardinas a la superficie en concentraciones asombrosas. Tienes que verlo, le contó Ahmad a su hermano pequeño, no has visto nada igual.

Y cuando Abdulrahman vio por primera vez a las sardinas girando en la negritud no podía creerlo, no alcanzaba a creer la belleza de aquella órbita plateada ondulando bajo la luz blanca y

dorada de los faroles. No dijo nada, y los demás pescadores también se cuidaban mucho de hacer ruido y remaban sin motores, no fueran a espantar la pesca. Susurraban por encima del mar, bromeando y hablando de mujeres y chicas mientras observaban cómo los peces subían y giraban debajo de ellos. Al cabo de unas horas, una vez listas las sardinas, cuando decenas de miles de ellas destellaban bajo la luz refractada, los pescadores aseguraban la red y la recogían.

Luego encendían los motores para regresar a la orilla y llevaban las sardinas al comprador de la lonja antes del amanecer. El comprador pagaba a hombres y chicos y después vendía el pescado por toda Siria occidental (Latakia, Baniyas, Damasco). Los pescadores se repartían el dinero y Abdulrahman y Ahmad entregaban su parte en casa. Su padre habían muerto el año anterior y su madre no estaba muy bien ni a nivel físico ni mental, de modo que todo lo que ganaban pescando iba al sustento del hogar que compartían con una decena de hermanos y hermanas.

De todos modos a Abdulrahman y Ahmad no les importaba el dinero. Lo habrían hecho gratis.

Treinta y cuatro años después y miles de kilómetros más al oeste, Abdulrahman Zeitoun estaba en la cama un viernes por la mañana alejándose lentamente de la noche sin luna de Yabla, un vago recuerdo atrapado en un sueño matinal. Se encontraba en casa, en Nueva Orleans, y oía a su lado la respiración de su esposa Kathy, exhalaciones no muy distintas del murmullo del agua contra el casco de una barca de madera. Por lo demás, la casa estaba en silencio. Abdulrahman sabía que eran casi las seis y que aquella paz no duraría. La luz matinal solía despertar a los niños en cuanto alcanzaba las ventanas de la segunda planta. Uno de los cuatro abriría los ojos y en adelante los movimientos serían bruscos y la casa se llenaría de ruidos rápidamente. Con un niño despierto, era imposible mantener a los otros tres en la cama.

A Kathy la despertó un golpe en el piso de arriba procedente de los cuartos de los niños. Escuchó con atención, rogando en si-

lencio que la dejaran descansar. Todas las mañanas había un período delicado, entre las seis y las seis y media, en que existía una posibilidad, por remota que fuera, de poder robar otros diez o quince minutos de sueño. Pero entonces oyó otro golpe, el perro ladró y después siguió otro golpe más. ¿Qué estaba pasando? Kathy miró a su marido. Tenía la vista clavada en el techo. El día había nacido entre estruendos.

Como siempre, el teléfono empezó a sonar antes siquiera de que sus pies tocaran el suelo. Kathy y Zeitoun —la mayoría de la gente lo llamaba por el apellido porque no sabía pronunciar el nombre— dirigían una empresa —Contratas y Pinturas Zeitoun S.L.—, y todos los días trabajadores, clientes y cualquiera con un teléfono y el número de los Zeitoun parecían creer que, en cuanto el reloj marcaba las seis y media, se consideraba apropiado telefonar. Y telefoneaban. Por lo general, a las seis y media en punto recibían tantas llamadas que se solapaban unas con otras y la mitad saltaba directamente al contestador automático.

Kathy contestó a la primera, de un cliente de la otra punta de la ciudad, mientras Zeitoun se metía en la ducha. Los viernes siempre eran ajetreados, pero este, visto el mal tiempo que se avecinaba, prometía ser una locura. Hacía una semana que se hablaba de una tormenta tropical que estaba cruzando los cabos de Florida y cabía la posibilidad de que se dirigiera hacia el norte. Aunque cada agosto se presentaba una situación similar y la mayoría de la gente ni se inmutaba, los clientes y amigos más cautos de Kathy y Zeitoun solían tomar precauciones. Llamaban durante toda la mañana para saber si Zeitoun podría entablar puertas y ventanas o si pensaba retirar el material de sus fincas antes de que llegasen los vientos. Los trabajadores querían saber si debían acudir ese día o el siguiente.

—Contratas y Pinturas Zeitoun —dijo Kathy, tratando de parecer despierta.

Era una clienta mayor, una anciana que vivía sola en una mansión del Garden District y que quería que los empleados de Zeitoun fueran a entablar las ventanas.

—Claro, por supuesto —contestó Kathy, pisando con fuerza.

Estaba despierta. Kathy era la secretaria, la contable, la gestora del departamento de crédito y la jefa de relaciones públicas del negocio: se encargaba de todo lo relacionado con la oficina mientras su marido se ocupaba de los edificios y la pintura. Los dos se compensaban bien: el inglés de Zeitoun tenía sus límites, de modo que cuando había que negociar facturas, el deje de Louisiana de Kathy tranquilizaba a los clientes.

Ayudar a los clientes a preparar la casa para la llegada de vendavales formaba parte del trabajo. Kathy no había pensado demasiado en la tormenta de la que hablaba la anciana. Hacía falta algo más que un puñado de árboles derribados en el sur de Florida para llamarle la atención.

—Le mandaremos una cuadrilla esta tarde —le dijo a la mujer.

Kathy y Zeitoun llevaban once años casados. Zeitoun había llegado a Nueva Orleans en 1994, después de pasar por Houston, Baton Rouge y otra media docena de ciudades estadounidenses que había explorado en su juventud. Kathy se había criado en Baton Rouge y estaba acostumbrada a la rutina de los huracanes: la letanía de preparativos, la espera y la vigilancia, los cortes de luz, las velas y las linternas y los cubos para recoger agua de lluvia. Cada agosto pasaban media docena de tormentas y rara vez merecía la pena molestarse por ellas. Esta, llamada Katrina, no iba a ser diferente.

Abajo, Nademah, que con diez años era la segunda por edad, estaba ayudando a preparar el desayuno de las dos pequeñas, Aisha y Safiya, de cinco y siete años respectivamente. Zachary, el hijo de quince años del primer matrimonio de Kathy, ya había salido a reunirse con los amigos antes de clase. Kathy preparaba almuerzos mientras las tres niñas, sentadas a la mesa de la cocina, comían y recitaban escenas de *Orgullo y prejuicio* con acento británico. Se habían vuelto locas, estaban enamoradas sin remedio de la película. Nademah, de ojos negros, había oído hablar de ella por unas amigas y convencido a Kathy para que comprara el DVD, y desde entonces las tres niñas habían visto la película do-

cenar de vez en cuando: cada noche durante dos semanas. Conocían a todos los personajes y todas las líneas de diálogo y habían aprendido a desmayarse como jóvenes aristocráticas. No les había dado tan fuerte desde *El fantasma de la ópera*, cuando les había atacado la necesidad de cantar todas y cada una de las canciones, en casa, en la escuela o en las escaleras mecánicas del centro comercial, a pleno pulmón.

Zeitoun no estaba seguro de qué era peor. Al entrar en la cocina y ver a sus hijas inclinarse y hacer reverencias y agitar abanicos imaginarios, pensó: Al menos no cantan. Se sirvió un vaso de zumo de naranja mientras contemplaba a sus tres hijas, perplejo. Había crecido en Siria entre siete hermanas, pero ninguna de ellas era tan aficionada al teatro. Sus hijas eran juguetonas, nostálgicas, en casa siempre estaban bailando, saltando de cama en cama, cantando con vibrato impostado, desvaneciéndose. Sin duda, era influencia de Kathy. En realidad su mujer, de gustos y modales infantiles y risueños, también era una niña: le gustaban los videojuegos, Harry Potter y la desconcertante música pop que escuchaban sus hijas. Zeitoun sabía que estaba decidida a darles la infancia despreocupada que a ella se le había negado.

—¿No vas a comer más? —dijo Kathy mirando a su marido, que estaba calzándose, listo para salir.

Era un hombre de cuarenta y siete años, estatura media y constitución fuerte, pero cómo mantenía el peso constituía todo un misterio. Podía pasar sin desayunar, picar cualquier cosa para almorzar y apenas tocar la cena, todo ello trabajando doce horas diarias en constante actividad, y aun así su peso nunca fluctuaba. Kathy sabía desde hacía una década que su marido era uno de esos hombres de inexplicable solidez, autosuficientes y sin necesidades, que vivían del aire y el agua, inmunes a las heridas o las enfermedades... pero seguía preguntándose cómo sobrevivía. Ahora recorría la cocina besando a las niñas en la cabeza.

–No te olvides el teléfono –le recordó Kathy al ver el móvil encima del microondas.

–¿Por qué iba a olvidarlo? –preguntó él, metiéndoselo en el bolsillo.

–Claro, tú nunca te olvidas de nada, ¿verdad?

–No.

–Así que, según tú, nunca olvidas nada.

–Sí. Eso mismo.

Pero en cuanto lo dijo Zeitoun reconoció su error.

–¡Si te olvidaste de tu primogénita! –dijo Kathy.

Zeitoun había caído como un angelito. Las niñas sonrieron. Conocían bien la historia.

A Zeitoun le parecía injusto que un único lapsus en once años proporcionara munición a su mujer para pincharlo durante el resto de su vida. Zeitoun no era un hombre olvidadizo, pero cada vez que olvidaba algo, o cuando Kathy intentaba demostrar que lo había olvidado, le bastaba con recordarle aquella vez que se olvidó de Nademah. Porque se olvidó. No mucho rato, pero se olvidó.

Nademah nació el 4 de agosto, en el primer aniversario de bodas de sus padres. Había sido un parto difícil. Al día siguiente, en casa, Zeitoun ayudó a Kathy a bajar del coche, cerró la portezuela del acompañante y luego cogió a Nademah, que esperaba en su sillita. Cargó al bebé con una mano mientras con la otra agarraba a Kathy del brazo. Las escaleras que llevaban a su piso de la segunda planta empezaban nada más entrar en el edificio, y Kathy necesitaba que la ayudara a subir. De modo que Zeitoun ayudó a subir las empinadas escaleras a su mujer, que avanzaba entre gemidos y suspiros. Llegaron al dormitorio; Kathy se desplomó sobre la cama y se cubrió con las mantas. No tenía palabras ni argumentos suficientes para explicar el alivio que le proporcionaba estar en casa y poder descansar con su bebé.

–Tráemela –pidió Kathy, extendiendo los brazos.

Zeitoun miró a su mujer, asombrado de verla tan bella y etérea, con la piel tan radiante y los ojos tan cansados. Luego reparó en lo que le había dicho. El bebé. Claro, quería al bebé. Zeitoun

se giró para dárselo, pero allí no había ningún bebé. El bebé no estaba a sus pies. El bebé no estaba en la habitación.

—¿Dónde está? —preguntó Kathy.

Zeitoun casi se quedó sin respiración.

—No lo sé.

—Abdul, ¿dónde está el bebé? —insistió Kathy en voz más alta.

Zeitoun emitió un ruido, algo a medio camino entre un jadeo y un chirrido, y salió pitando de la habitación. Bajó corriendo las escaleras y salió a la calle. Vio la silla de coche sobre el césped. Había dejado al bebé en el jardín. ¡Había dejado al bebé en el jardín! La silla estaba de cara a la calle. Zeitoun no veía el rostro de Nademah. Agarró el asa temiéndose lo peor, que alguien hubiera dejado la silla y se hubiera llevado a la niña, pero cuando la giró hacia él, se encontró con la carita rosa, arrugada y dormida de Nademah. Tocó a la niña con los dedos para notar su corazón y constatar que se encontraba bien. Estaba bien.

Subió la silla al piso, entregó a Nademah a Kathy y, sin darle tiempo a su mujer a regañarle, tomarle el pelo o pedirle el divorcio, corrió escaleras abajo y fue a dar un paseo. Ese día necesitaba dar un paseo, y necesitó más paseos otros muchos días para entender lo que había hecho y por qué, cómo había podido olvidarse de su hija mientras ayudaba a su mujer. Qué difícil era hacer ambas cosas, ser compañero de una y protector de la otra. ¿Dónde estaba el equilibrio? Pasaría años ponderando la cuestión.

Hoy, en la cocina, Zeitoun no pensaba darle a Kathy la oportunidad de contarles toda la historia a las niñas otra vez. Se despidió.

Aisha le agarró por la pierna.

—No te vayas, Baba.

Le gustaba hacer teatro (Kathy la llamaba «Dramarama»), y tanto leer a Austen había acentuando esa tendencia natural.

Zeitoun estaba pensando en el trabajo que le esperaba ese día, y a las siete y media ya iba retrasado.

Miró a Aisha, le cogió la cara entre las manos, sonrió ante la perfección de aquellos ojos negros y brillantes y luego apartó a



la niña de la pernera como si estuviera quitándose unos pantalones empapados. Segundos después estaba en el camino de entrada, cargando la furgoneta.

Aisha salió a ayudarle y Kathy los observó a los dos, pensando en la relación de Zeitoun con las niñas. Costaba describirla. No era un padre amantísimo, pero sin embargo nunca ponía objeción a que le saltaran encima y le agarraran. Era estricto, claro, pero también lo bastante distraído para dejarles el espacio que necesitaban y lo bastante flexible para permitir que se aprovecharan de él cuando hacía falta. E incluso cuando estaba preocupado por algo, sus ojos verde-grisáceos, de largas pestañas, no dejaban que se trasluciera. Cuando se conocieron, como Zeitoun le llevaba trece años, al principio Kathy no contempló la posibilidad del matrimonio, pero aquellos ojos, que atrapaban la luz de aquella manera, la habían cautivado. Estaban llenos de sueños, pero también eran exigentes, con criterio: eran los ojos de un emprendedor. Zeitoun era capaz de ver un edificio ruinoso e imaginar no solo en lo que podría convertirse, sino cuestiones prácticas como cuánto tiempo y dinero costaría arreglarlo.

Kathy se ajustó el hiyab delante de la ventana, escondiendo los pelos sueltos —era un tic nervioso— mientras veía a Zeitoun salir por el camino de entrada levantando una nube gris. Necesitaban una furgoneta nueva. La que tenían era una bestia blanca hecha pedazos, sufrida y fiable, llena de escaleras y maderas y tornillos y brochas sueltas que traqueteaban en su interior. En un lateral lucía el logotipo ubicuo, las palabras CONTRATAS Y PINTURAS ZEITOUN junto a un rodillo apoyado al final de un arco iris. Era cursi, Kathy lo admitía, pero difícil de olvidar. En la ciudad todo el mundo lo conocía de haberlo visto en las paradas de autobús, los bancos y las vallas en los jardines; en Nueva Orleans era tan común como los robles o los helechos reales. Pero al principio no le pareció tan bien a todo el mundo.

Cuando Zeitoun lo diseñó, no tenía ni idea de que un cartel con un arco iris significaría algo para alguien, nada más allá de

un despliegue de colores y tonos de entre los que los clientes podrían elegir. Pero Kathy y él pronto descubrieron las señales que estaban enviando.

De inmediato empezaron a recibir llamadas de parejas homosexuales, lo cual estaba bien, era bueno para el negocio. Pero, al mismo tiempo, algunos clientes potenciales, en cuanto veían llegar la furgoneta, perdían el interés en Contratas y Pinturas Zeitoun. Algunos trabajadores se marcharon, convencidos de que al trabajar bajo el arco iris de Pinturas Zeitoun se les supondría gays, que por la razón que fuera la empresa solo empleaba a trabajadores homosexuales.

Cuando Zeitoun y Kathy por fin comprendieron el poder de significación del arco iris, hablaron seriamente del tema. Kathy se preguntaba si su marido, que hasta la fecha no tenía ni amigos ni familiares gays, querría cambiar el logotipo para evitar que se malinterpretara el mensaje.

Pero Zeitoun apenas dedicó un momento a aquel asunto. Dijo que costaría mucho dinero —se habían fabricado una veintena de vallas, por no mencionar todas las tarjetas y el material de oficina— y, además, todos los nuevos clientes pagaban las facturas. No había más complicaciones.

—Piénsalo —se rió Zeitoun—. Somos una pareja musulmana que regenta una empresa de pintura en Louisiana. No parece buena idea rechazar clientes.

Quien tuviera problemas con los arco iris, seguro que los tenía con el islam.

De modo que el arco iris se quedó.

Zeitoun salió a Earhart Boulevard, aunque una parte de él seguía en Yabla. Siempre que le asaltaban esos recuerdos matinales de la infancia, se preguntaba cómo estaría su familia de Siria, todos sus hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas repartidos por la costa y aquellos que hacía ya tiempo que habían abandonado este mundo. Su madre había muerto a los pocos años de fallecer su padre y Zeitoun había perdido a su querido hermano Mohammed siendo muy joven. Pero al resto de hermanos, a los que seguían en Siria y a los que vivían en España y Arabia Saudí, les